





## EL PUEBLO VASCO BAJO EL IMPERIALISMO

(Extractos)

### 7

En la realidad de las relaciones internacionales y del derecho internacional, la libertad y la voluntad de los pueblos no cuentan para nada sino por cuanto constituyen la fuerza con que se realizan. “Para los fuertes, el poder es la única regla, como para los débiles la sumisión.” Solamente tienen derechos los pueblos capaces de imponerse a los demás o defenderse contra ellos, por sí mismos o con la asistencia, la protección o el protectorado alienígenas. Sólo son “plenamente” independientes las grandes naciones imperiales o hegemónicas, los Estados capaces de asegurar su existencia internacional por sí mismos, con sus propias fuerzas armadas y, en la era termonuclear, con la disposición operacional del arma atómica. “Sólo es auténticamente soberano, sólo es auténticamente Estado, el Estado poderoso”, calificado por “el número, el territorio, los recursos”.

Los que no disponen de los medios necesarios para resistir al imperialismo y al colonialismo no tienen derecho a nada, no existen sino como objeto de violencia, de política y de derecho. En derecho internacional, no hay más delincuentes y criminales, individuales o “colectivos”, que los perdedores, los desgraciados, los pobres y los indefensos. Son delincuentes y criminales porque son y mientras son débiles, los fuertes escapan a toda censura porque son y mientras son fuertes. “El bien, la justicia, la verdad” etc, no tienen arte ni parte en esta función, aunque la propaganda dominante trate de hacer creer lo contrario. Los individuos, los pueblos y los Estados débiles e incapaces de vida histórica no son indeseables, delincuentes o criminales de derecho político e internacional, bandidos, ladrones y asesinos, despreciable carne de cañón, de horca, de presidio y de genocidio porque asesinan, roban, oprimen, destruyen, deportan, excluyen, torturan, violan o exterminan a sus víctimas, sino porque no lo hacen en el grado suficiente para ser considerados como honorables sujetos de política y derecho como sus agresores. Los Estados fuertes, poderosos, dominadores e imperiales, vencedores e incluso vencidos, obtienen el respeto y el reconocimiento de todos, no a pesar de sus crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad, sino en consideración a ellos.

En las relaciones internacionales, todo se impone, se roba, se negocia, se vende y se compra, la consideración como las licencias de caza y pesca. El reconocimiento de los pueblos, los Estados y los Gobiernos se otorga a quien tiene, se supone que tiene o se pretende que tenga el poder, de inmediato o a corto plazo. (En política internacional, el “reconocimiento constitutivo” precede a la esencia y la existencia.)

“Sin hablar de un equilibrio sistemáticamente regulado entre las potencias y los intereses, que no existe y que se niega con frecuencia justificadamente, la suma total de las relaciones de

todos los Estados entre ellos sirve más bien a mantener el *status quo* del conjunto que a introducir cambios en él, es decir que en general la *tendencia* es a mantener el *status quo*. Este equilibrio se establecerá siempre en todas partes donde varios Estados civilizados tienen numerosos puntos de contactos.” En los dos últimos siglos, los “puntos de contactos entre los Estados civilizados” se han extendido al mundo entero por el imperialismo, la colonización y la globalización. “Las grandes potencias conducen actualmente una guerra imperialista a fin de reforzar la opresión de los otros pueblos, y oprimen a la mayoría de las naciones de la tierra y la mayor parte de la población del globo”. Los grandes movimientos de relativa decolonización de la postguerra no les impiden, en el presente como en el pasado, manifestar los instintos predadores y, a la menor ocasión, el militarismo, los impulsos a la guerra y la dominación que hicieron sus imperios.

El imperialismo es la especie extrema, más agresiva y opresiva de violencia, de guerra y dominación, de totalitarismo, de pillaje y explotación, de nacionalismo, de racismo, de opresión lingüística y cultural. La política y el derecho internacionales implican y suponen la persistencia del imperialismo, sin el cual no habría política internacional, ni derechos correlativos de autodeterminación de los pueblos y de independencia de los Estados. El imperialismo es antagónico de la libertad, los derechos humanos y la democracia en general. La destrucción de los demás es su objetivo inmanente y consecuente. El “interés nacional” tiene versiones y motivaciones propias, que la razón desconoce.

Todo régimen imperialista o colonialista se funda y reposa sobre la violencia y el terror, sobre fuerzas armadas permanentes de guerra y dominación. No se somete, oprime, reprime y destruye los pueblos mediante la gratificación, la persuasión, el diálogo y el respeto de los derechos humanos, las normas humanitarias, los buenos sentimientos, la piedad y la compasión, sino mediante la negación teórica y práctica de la libertad, por la agresión y la guerra, la violencia, la conquista, la desmembración y la anexión, la ocupación, la colonización y la deportación, la represión, el terrorismo sistemático de masas, el bombardeo y la destrucción de poblaciones civiles, la tortura y el asesinato, la conculcación de todos los derechos humanos fundamentales y, en primer lugar, del derecho fundamental e inherente de autodeterminación de todos los pueblos, primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás.

El nacionalismo imperialista tiende naturalmente al nacionalismo y al imperialismo absolutos, al monopolio, la dominación y la eliminación de toda alteridad nacional. El imperialismo *absoluto* se define por lo ilimitado de los fines. No tiene por objetivo la simple subyugación temporal o permanente, la dominación cultural o económica, el espolio o la explotación del pueblo agredido y ocupado, sino su destrucción nacional, racial, lingüística y cultural como pueblo, su liquidación y sustitución por el invasor mediante la solución final y el genocidio. No rechaza, persigue o trata de reformar algunos caracteres de la nación ocupada, la niega y trata de acabar definitivamente con ella.

La violencia, el terrorismo, de guerra y de Estado, alcanzan naturalmente su plenitud al servicio del imperialismo absoluto. El imperialismo *total* se define por lo ilimitado de los medios. Utiliza sin limitación todos los disponibles para someter y destruir a los pueblos. La resistencia, de hecho o de palabra, afronta la violencia y el Terror monopolistas de Estado,

que mata, encarcela, tortura, roba, excluye, persigue y amordaza a quienes se atreven a resistir a sus dictados. “Todos los conquistadores, fuesen mongoles o españoles, han llevado la muerte y el pillaje” a los pueblos subyugados.

Mientras el imperialismo y el colonialismo aparecen como beneficiarios y triunfadores, encuentran el apoyo de toda la nación dominante. Las raras excepciones son individuales. Los pueblos secundan o promueven siempre la gloriosa, heroica, provechosa empresa imperialista y colonial de sus Gobiernos, mientras esperan obtener de ella beneficios reales o imaginarios. Solidaridad, resolución y unión sagrada del nacionalismo imperialista solamente se debilitan ante el coste creciente o exorbitante del conflicto con la resistencia. Sólo cuando la política imperialista y colonial pasa factura en vidas y haciendas, cuando el interés nacional aparece cada vez más comprometido, cuando la “pacificación” resulta cada vez más cara, cuando la vaca lechera colonial no cubre los costes de ordeñarla, aparecen algunas muestras de descontento.

Al margen de toda consideración democrática, humanista, altruista o internacionalista, fuera de lugar a la vista del ganado humano con que se practica, en función simplemente de la más egoísta, estrecha y utilitaria visión del “interés nacional” en la presente realidad política, social, económica y cultural, podría pensarse que sería más útil, barato, productivo, rentable, estimulante, gratificante e interesante para el nacionalismo dominante dedicar recursos y esfuerzos a su propio desarrollo, inseparable de la coexistencia y la democratización real interna y externa, que amargarse, si no arruinarse, la existencia negando y destruyendo la del prójimo. El abandono de sus conquistas, resto de su pasado de gran potencia, sería para españoles y franceses factor inédito y decisivo de libertad, dignidad, democracia, relaciones interiores y exteriores estables y pacíficas, bienestar y progreso económico y cultural, reconciliación y reintegración de su propia identidad en una auténtica conciencia nacional e histórica. Pero si los carnívoros en general no son sensibles a consideraciones teóricas de dietética transcendental, los animales humanos todavía lo son menos, pues la cultura no atenúa sino refuerza el canibalismo intraspecífico. El imperialismo es la forma más civilizada y desarrollada de antropofagia que han sabido inventar.

Los imperios de Inglaterra y Holanda obedecían en parte a un sentido utilitario o práctico del interés nacional y de la dominación internacional. Su abandono a tiempo a beneficiado a todos. Pero si suecos o anglosajones pueden, por prudencia, sentido o cálculo políticos, abandonar territorios y pueblos que obtuvieron y sometieron por la violencia, pero que superan su capacidad de gestión, ingestión y digestión, franceses y españoles son radicalmente incapaces de ello, mientras no han agotado hasta el último extremo los recursos de violencia y terrorismo de que disponen. Esperar otra cosa sería tanto como ignorar la base particularmente primitiva, irracional, instintiva, afectiva y pasional del nacionalismo español y francés, encuadrado por una inamovible “clase” política burocrático-castrense que resiste siempre y saca partido a “revoluciones y transiciones”. Antes de que ésto cambie, los cocodrilos se habrán hecho vegetarianos.

En Inglaterra, Alemania, la URSS o Yugoslavia, el progreso de la libertad y la democracia internas era consecuencia de la decolonización en Europa, Africa o Asia. El despotismo en España y en Francia es históricamente inseparable del nacionalismo imperialista. El

envenenamiento de la propia política interna por el nacionalismo imperialista se manifiesta en todas las épocas hasta el putrefacto presente que padecemos.

El insaciable apetito de dominación sobre pueblos y tierras del nacionalismo español y francés obedece a instintos y pulsiones predatorias consolidados y potenciados por muchos siglos de despotismo interno y externo y desborda consideraciones utilitarias o racionales. La historia resultante, de que tan orgullosos se sienten, es la historia de las mayores empresas y organizaciones criminales de fanáticos, malhechores, ladrones y asesinos de toda la historia de la humanidad.

El nacionalismo imperialista es efecto del régimen interno del país dominante. Es también causa concomitante de su propio subdesarrollo político: “Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre”. Es el precio a pagar por “la gloria y la grandeza” de los “imperios universales”, por residuales que sean.

En sus malganados dominios continentales y ultramarinos, con el apoyo de “liberales, socialistas y comunistas” nacionales, se templaron los sables de los ejércitos que ahora gobiernan la metrópoli. En Indochina, Argelia, Marruecos, Cuba, Navarra y Catalunya se forjaron sus propias cadenas de despotismo interno. Su incapacidad para aceptar la libertad y el derecho de todos los pueblos, sus incesantes guerras de conquista, depredación y exterminio los han condenado a ellos mismos, aparentemente con gusto, a también incesantes formas despóticas, asiáticas, absolutistas burocrático-militares de autogobierno. La competición imperialista entre España y Francia por la anexión de Navarra, se convirtió en solidaridad frente a la resistencia. Españoles y franceses se detestan y se desprecian cordialmente entre ellos, pero el problema vasco les obliga a hipócritas declaraciones y retroculares homenajes de mutua admiración y amistad eterna.

Las “instituciones internacionales” sirven sin reserva a la guerra, la dominación, el genocidio, la represión, el terrorismo y la propaganda, la intoxicación y la mentira, oficialmente proclamadas como legítimo instrumento en las relaciones internacionales. Las Naciones unidas, sus asambleas, consejos, tribunales y otros órganos políticos y ejecutivos, administrativos, judiciales y consultivos falsifican e infringen su propia proclamada legalidad formal, ponen sus recursos y sus funcionarios al servicio de los Estados dominantes, que les dictan la conducta a seguir y la propaganda a difundir. Sólo aceptan la independencia de los pueblos cuando éstos la han conseguido ya, generalmente contra ellas. Como los mismos Estados-miembros que las fundan, reconocen entonces apresuradamente a los que la víspera condenaban ideológica y políticamente, y condenan de un día para otro a los que antes reconocían, halagaban y apoyaban. No pueden ni quieren ver ni menos perseguir los crímenes contra los derechos humanos fundamentales, que encubren y justifican. Las grandes potencias y sus agentes no son y no pueden ser obligados ni encausados, gozan de un estatuto internacional que les asegura impunidad por sus actos.

Los Estados que, por sus Tratados de adhesión, habían reconocido las normas, las Resoluciones, las Convenciones y los Protocolos de la Ley internacional como “parte integrante de la Ley del País”, no las han aplicado nunca. Los grandes Estados cuentan con la aprobación y la cooperación, la impotencia o la resignación, el oportunismo, el arribismo y la

corrupción de los Estados menores, satélites y protegidos. Las Ong tienen por primera preocupación no indisponer a los poderes de hecho, de cuya buena acogida dependen para estar y existir.

La Unión Imperialista Europea, reserva colonial de Occidente, ha podido así consolidar entre el Rin y el Ebro lo que no acertó a conservar y bloquear en la débâcle del Este. (Con ocasión de la crisis yugoslava, en la Europa de la “dimensión humana” ejemplo y modelo de democracia para todo el mundo, la CEE nombró su Comisión de arbitraje a cargo y al servicio de los Estados-miembros de la Europa occidental con problemas nacionales. La designación del presidente del Consejo constitucional francés, confirmaba de por sí la política de la Comunidad sobre la cuestión nacional. La Comisión de arbitraje no arbitró nada, pero aprovechó la ocasión para negar expresamente el derecho de autodeterminación de todos los pueblos como derecho fundamental. No podía ser de otro modo: la “consulta” sólo se había hecho para dar pie a la respuesta previamente fijada.) El Pueblo vasco condiciona indirectamente la política de las Organizaciones internacionales en cualquier lugar de Europa donde se da un conflicto entre los pueblos y los Estados imperiales.

Los intereses del fascismo y del imperialismo en el mundo actual les impiden presentarse tales como son. La ideología democrática universalmente pregonada desde la segunda guerra mundial obliga a todo régimen totalitario a cubrirse y justificarse con ella. El mundo actual se ordena o se desordena por la violencia y el terror en los Estados y entre los Estados, pero no es ésto lo que la moderna propaganda fascista hace creer, o pretende hacer creer. El miedo a la violencia y la demanda de seguridad de las masas populares, escaldadas por las guerras y las revoluciones del siglo XX, determinan la propaganda de paz y no-violencia de los propios Estados armados hasta los dientes y protagonistas de las mayores hecatombes de la historia. Todo gobierno fascista e imperialista se proclama ahora democrático y no-violento a la vez. “Cuanto más reaccionaria es la política de los Estados imperialistas, más se camufla cuidadosamente tras de frases pomposas sobre la libertad, la democracia, el mundo libre” etc. Esta desvergonzada inversión total de los términos políticos es un aspecto característico de la ideología del fascismo y el imperialismo actuales.

La hipocresía y/o el cinismo son inseparables de la propia constitución del orden y el desorden internacionales, determinados por el “interés nacional” estrechamente considerado. Las justificaciones ideológicas, los disfraces ideológicos, los artificios semánticos se fabrican antes o después y se renuevan según los tiempos, con mayor o menor fortuna. En las modernas empresas de conquista, ocupación y colonización, no hay ya guerras “técnicamente hablando, sino operaciones de pacificación, protección de la paz, defensa de los derechos humanos, la libertad y la democracia, defensa de la población civil, interposición entre combatientes, sin armas o con un armamento exclusivamente defensivo y extremadamente ligero” etc. Puesto que el oficio del ejército es la paz, las funciones militares propiamente dichas se sustituyen por desinteresados servicios logísticos, higiénicos, médicos, pedagógicos, de reconstrucción, saneamiento y asistencia humanitaria, que han sustituido en la ideología dominante a la pesada “carga del hombre blanco”, la misión civilizadora, la propagación de la fe y el progreso, la protección de los adelantados misioneros y pioneros. Pero ¿quién purga y sana las cloacas coloniales?

Los Estados occidentales que ahora conducen las guerras “para liberar a los pueblos de la dictadura y el despotismo en general” etc, son las mismas potencias que impusieron o rehabilitaron, consolidaron, adaptaron, adoptaron y financiaron sin el menor escrúpulo el régimen del general Franco y sus sucesores y en los últimos setenta años abasaron bajo las bombas incendiarias y nucleares o mataron de hambre a las poblaciones civiles en mayor proporción que la de sus víctimas militares.